

¡Todavía la No Intervención! (Julio-Agosto, 1936)*

Manuel Tuñón de Lara

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

Van a cumplirse cincuenta y cinco años desde que las grandes potencias europeas, al adoptar la llamada política de No Intervención, paralizaron las posibilidades de defensa del gobierno republicano español agredido por una sublevación militar. También es notorio que dicha política y el Comité de No Intervención o "Comité de Londres" no sirvieron sino para encubrir la intervención de las grandes potencias (y en primer lugar de Italia y Alemania) en lo que entonces se llamó "la guerra de España".

Todavía se evocan demasiados tópicos al referirse a un aspecto tan condicionante de las relaciones internacionales y de la historia de Europa en vísperas de la segunda guerra mundial.

Sin ánimo de descubrir un territorio ignoto, pero sí con el de precisar y recordar los orígenes de la No Intervención, quiséramos que las siguientes líneas, basadas en documentos y fuentes de primera mano, sirvieran para cooperar a la reconstrucción total de aquella conflictiva coyuntura.

El sábado 18 de julio de 1936, el presidente del gobierno francés recibe un telegrama bastante aséptico de su embajador en España diciéndole que ha esta-

* A Paul AUBERT, que estuvo en el origen de este trabajo.

llado un "pronunciamiento" en el protectorado español de Marruecos. Al día siguiente se forma el gobierno Giral, que empieza a repartir armas a los sindicatos y partidos del Frente Popular y se lucha en las calles de Barcelona. Al finalizar el día el jefe del gabinete de Blum¹ tiene ya en su poder, un telegrama de Giral, no cifrado, solicitando armamento y aviones.

En Oxford, donde yo me encontraba casualmente en un Congreso de estudiantes, los raros periódicos de la tarde del 19 daban noticias un tanto alarmistas de la sublevación militar. Nunca olvidaré el cartel o "affiche" de uno de los vendedores que decía así: «*Military insurrected in Spanish Morocco*». Y aquella noche oíamos los mensajes de la emisora republicana de Unión Radio Madrid. Quiero decir con esto que los servicios del Quai d'Orsay tenían que conocer perfectamente todo, o parte al menos, de lo que estaba sucediendo en España. Sin embargo, parece ser que Leon Blum sólo conoció el mensaje de Giral, transmitido por teléfono a su domicilio desde el hotel Matignon en la mañana del día 20.

Sin embargo, Blum reaccionó rápidamente y aquella misma tarde reunió a los ministros más afectados por este asunto: Daladier (Defensa), Pierre Cot (Aire), Delbos (Asuntos Exteriores) y Vincent Auriol (Hacienda). Cuando se reunieron, a primera hora de la tarde, ya habían leído los diarios de la derecha, más desatados que nunca, tratando de instrumentos del "front crapulaire" a los gobernantes de Madrid y de París.

Reunidos en consejo, los ministros citados creen oportuno y normal acceder al pedido de veinte aviones "Potez" y de una cantidad reducida de ametralladoras y cartuchos. A la mañana siguiente el embajador Cárdenas (que todavía lo es de la República aunque ya está en contacto con los sublevados) va al Quai d'Orsay a cumplimentar el primer pedido de su ministro, que era Augusto Barcia, que será aceptado sin la menor oposición. Lo primero que hará Cárdenas al salir del Quai d'Orsay es prevenir al embajador de Su Majestad Británica que el gobierno francés está dispuesto a proporcionar armas a Madrid. Tras cometer esta defección comunica oficialmente su dimisión.

Otro diplomático español, el agregado militar coronel Barroso, pone al corriente a la prensa francesa de extrema derecha de la probable venta de armas a España. No necesitaban más los periodistas Henri de Kerillis y Raymond Cartier para clamar a los cuatro vientos que Blum, al dar armas a los republicanos españoles, arrastraba a Francia a una segura guerra.

¹ André Blumel, Jefe del gabinete de Blum. Nota testimonial, anexo 17º al libro *Historia del Frente Popular*, de Georges LEFRANC. París, 1974.

Según una carta de Fernando de los Ríos a Giral, del 25 de julio, un telegrama cifrado con precisiones enviado por el jefe del gobierno español a su homólogo francés, fue interceptado y su contenido esencial fue difundido por la mayoría de la prensa (hay razones para suponer que las "infidelidades" en este caso procedían de la agregaduría militar).

Los acontecimientos se precipitaron; la llegada de Fernando de los Ríos para hacerse cargo provisionalmente de la embajada fue detectada por la misma prensa, hasta el punto de que, por consejo de la Prefectura de Policía, de los Ríos tuvo que alojarse en los mismos locales de la Embajada.

Para aquellos días y desde hacía varias semanas estaba previsto un viaje de Blum y su ministro de Relaciones Exteriores, Yvon Delbos, a Londres. Este último tomó el avión para la capital británica el día 22 por la tarde, Leon Blum llegó a Londres el 23 a mediodía. Para entonces el ministro del Aire, el radical Pierre Cot, le había asegurado (y también a de los Ríos, que fue citado en la misma casa de Blum) que los veinte "Potez" podrían ser entregados rápidamente. Sin embargo, a la mañana siguiente Cot llamó en sigilo a don Fernando y le dijo que los aviadores franceses no podían llevar los aviones hasta España, sino sólo hasta Perpignan.

¿Qué pasó en Londres el 23 de agosto?

Durante mucho tiempo la opinión política e "histórica" ha tenido mal concepto del papel jugado por la diplomacia británica, en el sentido de llevar al máximo las presiones sobre el gobierno de Blum para que no ayudase a la República española; eso explicaría el origen de la no intervención. Veamos lo que pueda haber de cierto, de falso o de exagerado en esa estimación.

En los últimos veinte años se manifiesta una tendencia a querer exculpar al gobierno británico de semejante acusación. En ese sentido puede citarse la obra del historiador inglés David Carlton, que sostiene la inexistencia de datos en los archivos británicos que prueben dicha presión. Su trabajo, publicado en el *Journal of Contemporary History* de julio de 1971 ha sido el punto de partida para exculpar al gobierno británico de una agresión indirecta contra la democracia española. El mismo Mr. Eden negó a un periodista francés toda presión británica sobre Blum y su gobierno.

Hasta aquí todo parece simple. Para muchos eruditos (pienso en Ranke, Fustel de Coulanges, etc.) lo que no está en los archivos no ha existido nunca. Sin embargo, los historiadores de nuestro siglo sabemos que hay muchas formas de presión, incluso de chantaje político, que no dejan rastro en los archivos, "progreso" comparable a esas torturas que no dejan huellas comprobables en el cuerpo de los torturados. Por otra parte, las presiones y

las amenazas envueltas en párrafos "cortesés" pueden ser presiones directas o indirectas, unilaterales o plurilaterales. Prosigamos, pues, nuestra historia.

La reunión de Londres había sido convocada por los gobiernos de Londres, París y Bruselas para estudiar la posibilidad de rehacer el pacto de Locarno después de su violación por Hitler en el mes de marzo precedente. Este era el único tema a tratar. Mal podrían los archivos reflejar las presiones personales de los británicos sobre sus colegas franceses.

Veamos ahora lo que Leon Blum contó de aquel viaje a la Comisión parlamentaria francesa de investigación reunida en 1947: «En cuanto llegué a Londres se me presentó en el hotel donde yo paraba el periodista "Pertinax" (seudónimo de André Geraud) y me preguntó: "¿Es verdad que van a entregar armas a España para defenderse del golpe militar?"».

- "Sí, es exacto", le dije.

Y me respondió: "Usted sabe que eso no está muy bien visto aquí". Le respondí: "No sé nada, pero de todas maneras lo haremos"».

La tormenta no hacía sino empezar. Leon Blum sigue en su declaración:

«Antes de mi regreso Sir Anthony Eden me hizo esa misma pregunta. Y yo le respondía: Sí.

Entonces me dijo: "Es asunto suyo, pero, por favor, sea usted prudente"».

Blum continúa: «Cuando llegué a Le Bourget el 24 de julio encontré en el mismo aeropuerto a Camille Chautemps. Y le dije: "¡Vaya!, ha venido usted a esperarme".

"Sí", me respondió, "porque quiero prevenirle de lo que pasa en París, que es grave".

- "¿Qué pasa? ¿Qué hay todavía?"

"Pues bien, que mientras usted estaba en Londres, puede que no se haya enterado de que De Kerillis ha empezado en *L'Echo de Paris* una campaña escandalosa y que todas las disposiciones que se habían tomado han sido hechas públicas".

Jeanneney, presidente del Senado, le dijo a su vez:

"Pero, ¿cómo puede usted hacer eso? Aquí nadie le comprende... La idea de que usted puede comprometerse, en estos momentos en una empresa cuyas consecuencias no se sabe a ciencia cierta cuáles serán, la idea de que tal vez pudiéramos ser llevados a una guerra por los asuntos de España, mientras que el 7 de marzo pasado hemos vacilado y finalmente cedido cuando se trataba de la reocupación militar de Renania, es algo que aquí nadie puede comprender"».

De ahí a los gritos de Maurras, «¡Blum nos lleva a la guerra!», había muy poca distancia. Blum comprobó en seguida que los radicales estaban muy

descontentos. Y hasta Herriot, el viejo patriarca radical, presidente de la Asamblea Nacional le dijo las siguientes palabras, en tono íntimo, que es mejor reproducir en lengua original, tal como Blum lo hizo ante la Comisión parlamentaria:

«Ah, je t'en prie, mon petit, m'a-t-il dit, je t'en prie, ne vas pas te fourrer là-dedans»².

Para colmo, el mismo presidente de la República, Albert Lebrun, entra en liza. Dejemos que Fernando de los Ríos nos lo cuente, en su carta dirigida al presidente Giral el 25 de julio:

«... al ir a despachar esta mañana Blum con el Presidente de la República lo halló conturbado y en una disposición tal de espíritu que hubo que decirle: "eso que se piensa hacer, entregar armas a España puede ser la guerra europea o la revolución en Francia" y pidió para las cuatro de la tarde un consejo extraordinario» (Como hemos de ver más adelante este era el punto de vista de la diplomacia británica).

Fernando de los Ríos sigue dando una versión más de la entrevista Blum-Herriot: «... el propio Presidente de la Cámara, Herriot, ha ido a ver a Blum y le ha pedido que reflexione porque considera que eso no se ha hecho jamás y que puede justificar ante Alemania e Italia el que hagan el reconocimiento de hecho de cualquier apariencia de poder en una ciudad española y le manden armas y municiones en cantidades superiores a las que Francia puede dar...».

Después de almorzar todavía estuvieron reunidos hora y media F. de los Ríos y Blum, antes de que éste fuese a la reunión del Consejo de Ministros. El líder socialista francés repitió a su camarada español según testimonio de éste:

«Tengo el alma desgarrada... Mantendré mi posición a toda costa y con todos los riesgos; tenemos que ayudar a la España amiga. ¿Cómo? ¡Ya veremos!».

A las nueve y media de la noche de los Ríos se reúne con otro miembro del gobierno francés (No dice cuál. ¿Auriol?) que le informa de lo acaecido en la reunión. Esta había sido dura y el gabinete se encontró muy dividido. Jean Zay, entonces ministro de Educación, ha contado en sus *Recuerdos y Soledad* que Chautemps aleccionó a los ministros más jóvenes explicándoles que los militares sublevados ganarían pronto la partida y que el gobierno republicano «se desplomaría como un castillo de naipes». Chautemps y Delbos encabezaron la ofensiva contra toda ayuda a la República española; Daladier, que dos

² Leon Blum, en su declaración ante la "Commission chargée d'enqueter sur les événements survenus en France de 1933 à 1945". Paris, Imprimerie de l'Assemblée Nationale, 1950.

días antes no pensaba así, acabó por vacilar. Mientras tanto los socialistas Auriol, Lagrange, Max Dormoy y Jules Moch, apoyados por los radicales Pierre Cot y Jean Zay dijeron claramente que «había que ayudar a Madrid». Blum, seguramente fiel a su propósito de «ya veremos», trataba de conciliar posturas y de que la acritud del debate no llegase a una ruptura.

Entre otras cosas se discutió de la nota confidencial (o intercambio de cartas confidenciales entre ministros, más exactamente) de diciembre de 1935, redactada a la vez que el convenio comercial franco-español de esa fecha en la que constaba la obligación para España de comprar a Francia armamento y municiones por un cierto número de millones (veinte, al parecer). Se daba la curiosa circunstancia de que ese compromiso escrito, firmado por Martínez de Velasco como ministro de Estado, era contrario a los preceptos constitucionales y no había pasado por la comisión parlamentaria correspondiente. En puridad, las espadas quedaron en alto. Se aprobó, a propuesta de Delbos, un comunicado oficial diciendo que el gabinete había decidido por unanimidad «no intervenir de ninguna manera en el conflicto interior de España». Este acuerdo fue seguido de una circular de Delbos afirmando que toda entrega de material de guerra terrestre o aéreo queda prohibida al Estado o industria privada. «Sin embargo sigue autorizada la exportación de aviones sin armamento que haga la industria privada al gobierno español».

A partir del 25 de julio se organizó un complicado sistema para enviar armas a España, adoptado en los consejillos gubernamentales celebrados en la última semana de ese mes. Consistía en que Francia entregaba los armamentos a México y que este país los cedía inmediatamente a España. Pero después de que los aviones italianos con destino a España cayeran en Argelia, se decidió obrar más expeditivamente (propósito que sólo tuvo cuatro o cinco días de consecuencias efectivas). Según relata Jiménez de Asúa, Daladier había dicho: «todo esto que estamos haciendo no es más que una farsa; todo el mundo sabe que es un país que nos sirve de pantalla. Yo preferiría entregar las armas directamente». En efecto, durante unos pocos días Pierre Cot y Jules Moch organizaron envío de material de guerra y partieron los 20 aviones "Potez" de bombardeos y los 29 cazas "Dewotine".

El 28 de julio Delbos declaraba en la Cámara de Diputados: «Podríamos haber entregado armas al gobierno español, legítimo de derecho y de hecho, y además amigo de Francia. Al así hacerlo no habríamos violado el principio de no intervención en los asuntos de un tercer país. No lo hemos hecho, primero por doctrina y por humanidad, y para no dar un pretexto a los que estuvieran tentados de proporcionar armas a los rebeldes».

La diplomacia británica y la República española

La presión había sido enorme y, como hemos podido ver, la intoxicación había alcanzado las más altas cumbres institucionales de la República francesa. ¿Era o no cierto que el Foreign Office estaba detrás de todo eso?

Para poder tan siquiera formular una hipótesis fuerza es atenerse a los antecedentes. ¿Cuál era la política exterior de Gran Bretaña respecto a España a partir de 1931?

La verdad es que la proclamación de la Segunda República española inquietó vivamente a la diplomacia británica, para la que se convirtió en idea fija la hipótesis de que en España se podía repetir el proceso de 1917 en Rusia donde el gobierno liberal-burgués de Kerensky fue superado y derribado por la revolución bolchevique. El subsecretario adjunto para Europa occidental del Foreign Office, Sir Georges Mounsey, creía que la crisis española podía haber sido preparada desde Moscú. Esta sospecha se convirtió en obsesión desde que el Frente Popular ganó las elecciones de febrero de 1936 y Azaña formó gobierno.

Sir Henri Chilton, nuevo embajador en Madrid, transmitió al Foreign Office la idea de que los españoles se hallaban ante el peligro de una "experiencia" Kerenski. La amnistía de los presos de Octubre y la readmisión de los obreros despedidos confirmaron a Chilton en su idea de que España se encontraba bajo la amenaza de la subversión y de que el Gobierno no estaba en condiciones de dominar la situación.

La peculiar mentalidad de los diplomáticos británicos y las ideas bastante sumarias que en el Foreign Office se tenían sobre la política española les hacían ver un Kerenski en cada respetable profesor afiliado a Izquierda Republicana y ¿cómo no? también se habían creído lo del "Lenin español" encarnado en Largo Caballero.

Todo esto encajaba en su preocupación de "aislar a Alemania, distanciándola de Mussolini", al que había que halagar lo más posible para entenderse con él en el Mediterráneo.

Tomamos del notable libro de Enrique Moradiellos *Neutralidad benévola* (Oviedo, 1990), resultado de su tesis doctoral, un muestreo de la actitud de la diplomacia británica en la primavera de 1936: el 25 de marzo Oswald A. Acott, primer secretario de la Embajada en Madrid enviaba un Memorandum al Foreign Office, cuyas primeras líneas eran: «Las condiciones generales en España son muy similares a las de Rusia antes de la revolución bolchevique».

En el Foreign Office se creía en la doctrina del "caballo de Troya". Uno de sus funcionarios especializado en los asuntos de España escribía en una minuta a fi-

nes de abril: «casi todo dependerá de Azaña y de si tiene fuerza y decisión para evitar verse convertido en el Kerenski español» (nótese el menguado conocimiento que tenían de la personalidad de Azaña). «Los comunistas están haciendo un esfuerzo enérgico y consciente para convertir a ese hombre, y todos sus partidarios moderados del Frente Popular, en un caballo de Troya comunista».

Después de la manifestación del 1 de mayo en Madrid Chilton remitió a Eden un despacho donde llegaba a decir que ya existía una situación efectiva de doble poder; tal era la obsesión de aquellos hombres por plasmar en España lo que llamaban "el paradigma Kerenski". A fines de Junio, Eden se quejó a Barcia «del daño que está haciendo a los intereses británicos la actual situación interna caótica de España». Por aquellos días, el Cónsul general en Barcelona envió un informe que empezaba así: «España está otra vez al borde del caos, si no es que ya está en él...». No estaba muy alejado de ese criterio el diagnóstico de Eden en la reunión del gabinete británico el 6 de julio. Y el «siempre bien informado» *The Times* decía tres días después que la "Cominter" estaba fomentando en España una verdadera revolución social. Su "buena información" no se extendía a lo que preparaba el general Mola desde Pamplona y los profascistas hispanos desde el propio Reino Unido (por ejemplo Bolín y sus amigos al enviar a Franco el "Dragon Rapid").

Y es que la diplomacia y el Estado Mayor del Reino Unido poco antes de renovar lo que Lucien Febvre hubiera llamado su "utillaje mental" seguían pensando en la hipótesis, que repetía poco antes de la guerra española, el subsecretario del Foreign Office, Sir Orme Sargent: «La Tercera Internacional todavía está aplicando su vieja y fundamental política bolchevique, de sembrar conflictos en Europa en general». Espanta que, para bien o para mal, aquellos señores de lo que todavía se consideraba primera potencia mundial creyesen vivir aún en los tiempos de Lenin y Trostki e ignorasen todo de la maquiavélica política exterior estaliniana y de lo poco que contaba para el dictador la Tercera Internacional.

Con semejantes anteojeras los gobernantes y diplomáticos británicos estaban obsesionados por recomponer el pacto de Locarno aislando a Alemania e incluyendo a Italia. En esto, si no coincidían con la mayoría del gobierno francés sí que lo hacían con sus servicios diplomáticos.

Entra en escena un buen poeta y decisivo diplomático

Se ha dicho que Leon Blum, que no se dejó impresionar por su ministro de asuntos exteriores Yvon Delbos, prestó mucha mayor atención a uno de

sus más importantes consejeros, el secretario general del Quai d'Orsay desde 1933, Aléxis Léger. Tras ese nombre y apellidos se escondía otra personalidad mucho más conocida en el mundo de la cultura y de la edición que respondía al nombre de Saint-John Perse, premio Nobel de Literatura, autor del célebre libro de poemas *Anabase*; sus cualidades literarias no dejaron de influir en un hombre tan amante de las bellas letras como Leon Blum.

Por otra parte, Aléxis Léger, discípulo de Aristide Briand, era uno de esos hombres subyugados por la exaltación de valores británicos y del papel de Inglaterra en el mundo. En este género de simpatías no dejaba de coincidir también con Blum.

En realidad Aléxis Léger más que un anglófilo empedernido era un francés que consideraba a Alemania (y sobre todo a la Alemania de Hitler) como el más temible enemigo. Y su mayor temor era que Inglaterra llegase a un entendimiento con Alemania. Los otros dos grandes pilares de su estrategia eran una gran desconfianza hacia la Unión Soviética y el convencimiento de que Francia no podía "despegarse" lo más mínimo de su "entente cordiale" con Inglaterra. Para él el conflicto de España no era más que una pieza más a jugar en el tablero de ajedrez europeo. Y si Francia, por ayudar a la España republicana, se veía aislada de Inglaterra podía ocurrir lo que le parecía peor de todo: «que se llegase a una segunda Santa Alianza (según explicó a Elisabeth R. Cameron en entrevista de años después en América, que ha recogido parcialmente el profesor de la Sorbona Carlos Serrano en su sugerente libro *L'enjeu espagnol*, Paris, 1987), al estilo de la de Metternich a principios del siglo XIX, que agruparía a Italia, Alemania, la España de Franco e Inglaterra, que se vería arrastrada por esta corriente, dejando a Francia en el aislamiento».

Léger, como muchos colegas suyos del otro lado del canal de La Mancha, creía que la neutralidad inglesa en la cuestión española sólo podría asegurarse si el gobierno francés desistía de proveer de armas y de voluntarios al gobierno legal de España. Con semejante doctrina Léger consiguió que Blum aceptase algo que iba contra todos sus sentimientos y que creyera que era la mejor garantía contra la agravación del conflicto.

Durante los tres años de guerra de España Aléxis Léger será el hombre clave de la política exterior francesa, tanto con Blum, como con Chautemps y con Daladier. Sólo se hundirá, a la vez que la "Troisième République", con la derrota de junio de 1940.

Fue Léger quien redactó la primera circular a las embajadas francesas para que sondeasen a los gobiernos ante los que estaban acreditadas sobre sus intenciones en cuanto a la No Intervención; fue Léger quien consiguió que Del-

bos cambiase por completo su postura. En fin, fue también Léger quien redactó el proyecto definitivo de No Intervención enviado a las potencias para la firma definitiva que llevó el nombre de Yvon Delbos. Fue en fin, Aléxis Léger quien en la reunión del Comité de Defensa Nacional (15-marzo-1938) profetizó de nuevo: «Inglaterra se separará de nosotros, si dejamos la no intervención sin que haya un elemento nuevo».

Definitivamente, parece que España no estaba llamada a tener fortuna con los poetas diplomáticos del país vecino: Chateaubriand en el siglo XIX, aplastando a los liberales, y Sain-John Perse en el siglo XX ayudando a matar a la democracia española para que no pudiera defenderse.

Hacia la adopción de la No Intervención

Tras la propuesta de no-intervención decidida por el Consejo de ministros del 25 de julio, se fue enrareciendo la atmósfera en los medios gubernamentales franceses, tanto más cuanto que el día 30 se supo que dos aviones italianos habían tenido un aterrizaje forzoso en territorio francés de África del Norte, cuando iban rumbo a Melilla. Mientras tanto Jiménez de Asúa, de regreso de Praga, continuó en París por mandato expreso del Partido Socialista³ para ayudar a de los Ríos y en espera del nuevo embajador, Alvaro de Albornoz.

Por su parte, los más decididos en ayudar a la República, Pierre Cot y Jules Moch organizaron varios envíos de armamento destinados oficialmente a México y a Lituania, pero que al final llegaban al puerto de Santander. Y Blum había enviado en misión a Londres al jefe del Estado Mayor de la flota, almirante Darlan. La entrevista de éste con el almirante Chatfield, Primer Lord del Mar y presidente de la Junta de jefes de E.M., resultó un fracaso; rechazó todas las sugerencias de amenazas italo-alemanas sobre las bases españolas del Mediterráneo y se negó a intervenir cerca de los marinos de Italia y Alemania.

En la primera semana de agosto, los esfuerzos de Cot y Moch, siempre en contacto con Jiménez Asúa y F. de los Ríos, hicieron posible que entraran en España unos 20 bombarderos "Potez" y 29 cazas "Dewoitine" provistos de armamento. Eso fue todo, pues la presión británica y de la derecha francesa arreciaba sin cesar. Lo más chocante fue una visita del embajador británico Sir George Clerk al Quai d'Orsay pedida con urgencia (y según varias fuentes solventes hecha tras consultar telefónicamente a sus superiores en Londres).

³ En el informe ante el Comité Nacional del PSOE Jiménez de Asúa dice: «Continué en París con Fernando de los Ríos por mandato expreso del Partido desde el 26 o 27 de julio, antes de que llegara Albornoz».

Al ser recibido por Delbos, le dijo sin ningún miramiento que había que acelerar la puesta en marcha de la no intervención y que, sobre todo, mientras esto llegase no se debían efectuar suministros de armamentos «que lo comprometían todo».

Clerk llegó a decir a Delbos que estaba favoreciendo el desarrollo de una revolución en la Península; dirigiéndose a Delbos le preguntó: «¿Está usted seguro de que el gobierno de Madrid es un gobierno real y no una pantalla tras la cual los elementos anarquistas más radicales dirigen los acontecimientos?» (por lo visto algunos informes que tenía de Barcelona los confundía con los de Madrid).

A partir de aquí intervienen como fuente prioritaria los informes de Jiménez de Asúa. El primero y más importante es el que hizo, con carácter confidencial, al Comité Nacional del PSOE reunido en Valencia del 17 al 21 de julio de 1937, que hoy puede consultarse en los archivos de la Fundación Pablo Iglesias, pero que en su literalidad fue desconocido durante largos decenios por haber sido desglosado del conjunto de documentos de aquel pleno del C.C., dado su carácter reservado.

El gobierno francés decide no enviar armas

Se intentaba, entre tanto, conseguir algunas armas antes de que se formalizase el acuerdo de No Intervención. El 6 de agosto Jiménez de Asúa entregó personalmente al Coronel Jefe de Compras, en el Bureau d'achats del Ministerio de la Guerra francés la suma de algo más de once millones de francos (un cheque de once millones de francos, dice Asúa en su declaración al Coloquio sobre *Leon Blum, jefe del gobierno*, en 1965, es decir, treinta y un años después; en el informe de Valencia, de 1937, Asúa precisa, «trece millones y pico de francos»).

En todo caso, aquel mismo día salió para Burdeos un emisario, amigo de confianza de Indalecio Prieto, para recibir el pedido de fusiles, bombas «y otro material de guerra» y embarcarlo seguidamente para Santander. Pues bien, se encontró con la desagradable noticia de que allí no había nada. Acto seguido telefoneó a Jiménez de Asúa. Este acudió entonces a J. Moch y en una nueva entrevista le dijeron que la orden de entrega estaba dada y que el general X era el encargado de dar las armas de Burdeos. Pero la respuesta verdadera vino por un telefonazo de Vincent Auriol, en la tarde del día 7, para decirle que debía comunicarle noticias muy desagradables. Para pasar inadvertido fue a buscar a Jiménez de Asúa, que estaba en la Embajada, en un taxi, en el que ambos es-

tadistas estuvieron dando vueltas por el barrio de los Campos Elíseos: de manera apresurada Auriol vino a decirle: «a causa de los ingleses no podemos entregarles las armas que ustedes han pagado».

Aquella mañana se había celebrado en Matignon un dramático consejo de gabinete para preparar un consejo de ministros para el día siguiente con el presidente de la República; la discusión fue dura y el gobierno estaba partido en dos; de los 34 miembros del gobierno había diez decididos adversarios de la No Intervención (Auriol, Pierre Cot, Jean Zay, Max Dormoy, Léo Lagrange, Maurice Viollette, Roger Salengro, Marius Moutet, Pierre Viénot y Jules Moutet, Jean Lebas y Jules Moch). Otros diez apoyaban la No Intervención: Delbos, Chautemps, cinco socialistas y tres o cuatro más; Daladier seguía dudando. Otros vacilaban; de Blum puede decirse que no se manifestó netamente ni por unos ni por otros. Pero la decisión fue tomada, en principio; el "clan" de Aléxis Léger había ganado lo principal de la partida.

El 9 de julio antes de las ocho de la mañana Luis Jiménez de Asúa era recibido por Leon Blum en su apartamento particular⁴. Aquí, las fuentes que hemos manejado difieren aun tratándose del mismo protagonista. No nos queda otro remedio que hacer una comparación cronológica: primero, el informe de Jiménez de Asúa a sus camaradas socialistas en 1937; segundo, el testimonio oral recogido en las actas del coloquio *Leon Blum, jefe del gobierno*, reunido en 1965.

En el primero dice:

«Me manifestó (Blum) que no había dormido en toda la noche y al mismo tiempo que derramaba abundantes lágrimas, me expuso la situación gravísima en que se encontraba. El gobierno inglés mandó a su embajador en Francia que dijera al ministro francés de Asuntos Exteriores que la entrega de armas francesas al gobierno español podría provocar una situación internacional gravísima y que le advirtiera de la manera más solemne que en esa situación la Gran Bretaña sería neutral».

4 Aquí conviene señalar que las referencias a fechas no son siempre muy exactas; hay confusiones entre el día 5 y el 7; por ejemplo, es muy difícil saber si la célebre entrevista matinal con Blum en pijama pertenece al día 8 o al día 9. En el informe de 1937 Jiménez de Asúa dice literalmente: «El 9 por la mañana me entrevisté con Blum en casa de éste». Pienso que, sin embargo, no hay que dar demasiada importancia a esta cuestión de fechas cuando la cronología general está perfectamente conocida. Más importantes pueden ser ciertas diferencias de matiz entre los informes de 1937 y 1965. El primero parece más apasionado en la forma, lo que se explica por la relativa proximidad a los hechos relatados. Sin embargo, en el último informe aparece un esfuerzo para que la actitud del gobierno español no pueda confundirse con la de los socialistas. En Francia se ha argumentado a veces que Blum no podía hacer otra cosa porque los españoles le pedían que no abandonase el gobierno. Sin ignorar el drama personal del presidente Blum y el verdadero chantaje moral a que fue sometido (no sólo por la diplomacia británica, sino más todavía por la amenaza de guerra civil desatada por la derecha francesa). Sin embargo, no podemos evitar que nuestro pensamiento vaya a esta reflexión de Jean Lacouture en su excelente biografía sobre el dirigente de los socialistas franceses: «Blum hacía depender la política francesa de dos actitudes extranjeras; una súplica española y un veto inglés».

Es decir, que Francia se encontraba bajo la amenaza de una guerra internacional y con la afirmación de que en ese conflicto Inglaterra sería neutral.

«Blum estaba desesperado -continúa Asúa- profería verdaderos insultos, diciendo que no le quedaba más solución que dimitir. Fui a ver a Auriol a quien encontré en disposición menos sentimental, menos lacrimógena que el presidente, pero mucho más indignado y afirmó que, efectivamente, la única solución era dimitir. Ruego a ustedes -sigue diciendo Asúa- que se pongan en la situación en que nos encontrábamos en aquella fecha, el 7 de agosto, en que se nos apareció como catastrófico que el gobierno (francés) cayera».

A continuación damos la versión del mismo Jiménez de Asúa, en 1965, según las actas del Coloquio de París:

«El mismo Blum me dijo, en pijama y con los ojos en lágrimas, me puso al corriente de lo que había pasado: el "premier" inglés, Baldwin, pasando por encima de su colega francés («passant par dessus la tête» dice literalmente, lo que equivaldría en lenguaje argótico de nuestros días al término "puenteando") había contactado directamente al presidente de la República, Albert Lebrun y le había dicho, de la manera más formal, que había tenido conocimiento por el gobierno español de la venta de armas, y que en el caso de que esto acarrase una guerra con Alemania o Italia, la Gran Bretaña permanecería neutral.

El presidente Blum me dijo textualmente: «nous sommes des salauds» (en francés en el texto), si no cumplimos nuestras promesas. Y como no podemos hacerlo, los socialistas vamos a dejar el gobierno. La crisis se va a abrir. No lo hemos hecho público, pero es cierto que en la noche del 7 el gobierno francés estaba prácticamente dividido».

Son palabras de Blum según Asúa en su informe de 1937. Según este informe Blum explicaba que había creído salvar la situación aceptando la sugerencia de los ingleses a Delbos sobre No Intervención.

Hay que reconocer cierta falta de coherencia entre los dos informes; pero prosigamos reproduciendo el de 1937:

«He de confesar -dice J. de Asúa- que Blum me había consultado y que yo había rechazado la idea de plano. Y dije a Blum: "Si no quiere la guerra, no habrá guerra. Si acceden punto por punto a cuanto los Estados fascistas quieren, si a Vds. un día les piden la Alsacia y la Lorena, y si les piden otro día la posesión de Córcega, porque les interesa en el Mediterráneo una posición estable y firme y la entregan, si otro día les piden colonias y las entregan, no habrá guerra, pero Alemania habrá conseguido sin derramamiento de sangre, sin el esfuerzo económico que la guerra supone, los fines que se había propuesto.

Hubo una tensión enorme y Blum dijo que sobre él pesaba el tremendo problema de llevar su pueblo a la guerra siendo él presidente del Consejo.

Yo le dije que no podíamos de ninguna manera aceptar la No Intervención. Era tal la situación de terror en que se encontraba Blum que no veía otra salida que la de acceder a cuanto Inglaterra pidiera o bien dimitir huyendo de su responsabilidad. No dimitió y siguió con la No Intervención.

Fuimos partidarios de hacer una nota muy enérgica contra ella. Pero ni Fernando (se refiere a de los Ríos) ni yo eramos embajadores, lo era Albornoz⁵. Este telefoneó a Barcia (ministro español de Asuntos Exteriores) sin lograr hacerle comprender la realidad. Entretando Pablo Azcárate y yo redactamos una nota oponiéndonos de manera terminante a la No Intervención y a cualquier concesión. Esto no fue del agrado de Barcia y al día siguiente se recibió por teléfono la orden de que hiciéramos una protesta, pero no con aquella fuerza ni con aquel carácter⁶».

Terminemos el relato de esta última parte, con la reproducción del informe de Asúa en 1965:

«Después de la conversación con Blum volví inmediatamente a la Embajada y comuniqué la noticia al embajador, Álvaro de Albornoz y a Fernando de los Ríos. Este último estaba encargado, como yo, de asistir al embajador en los problemas jurídicos y políticos de la compra de armamento. Ambos estuvieron de acuerdo en que era absolutamente necesario que el gobierno Blum continuase y reflexionaron sobre los medios de evitar su caída. Había que recoger el cheque ya entregado al Ministerio de la Guerra y romperlo en presencia de Blum, en señal de nuestra renuncia a la compra. Yo me opuse enérgicamente a esa solución y manifesté, por el contrario que había que decir a Blum que estimábamos que los socialistas franceses faltarían a su deber, si aceptando lo que el "premier" británico les imponía, seguían en el gobierno. Añadí que el grupo socialista, numeroso en la Cámara de Diputados podía hacer más por nosotros en la oposición que en el gobierno. Como no podíamos ponernos de acuerdo resolvimos consultar a Madrid, al Ministerio. Por la mañana temprano se envió un telegrama cifrado, pidiendo una respuesta inmediata. La respuesta tardaba en llegar y hubo que preguntar por teléfono al ministro de Asuntos exteriores a primera hora de la tarde. Barcia fue del mismo criterio que el embajador y que de los Ríos. Yo tomé el cheque, fui a ver a Leon Blum a su casa y rompí el cheque en señal de renuncia.

Con una sonrisa triste y bajando mucho la voz, Blum me respondió: "Yo creo que usted tenía razón".

Me parece que, bajo la presión de Inglaterra y de los radicales-socialistas, Blum tuvo que aceptar la "no intervención" que nos hizo

5 Alvaro de Albornoz acababa de llegar a posesionarse de la Embajada.

6 Asúa se refiere a ciertos sucesos ocurridos aquella misma mañana en Madrid cuya existencia real está por comprobar. De todos modos, parece ser que no se encontraba al ministro y que por eso la respuesta de este tardó tanto.

¡Todavía la No Intervención! (Julio-Agosto, 1936)

tanto mal. Pero tengo que decir que el presidente la retrasó todo lo que pudo, a fin de entregarnos antes algunos aviones de caza⁷.

He aquí -concluye Asúa- todo lo que sé y que autorizo a publicar en mi nombre».

Paralelamente, el camino que llevaba al pacto de No Intervención de las potencias continuaría su marcha ineluctablemente. La verdad es, según los testimonios y documentos (éstos incompletos, porque algunos decisivos han desaparecido, como las actas del consejo de gabinete, que fue la reunión más decisiva) no es ni mucho menos seguro que el día 7 por la tarde el gobierno estuviera "prácticamente dimitido". Tampoco es cierto que los socialistas españoles (principalmente los profesores de los Ríos y Asúa) suplicaran a Blum que no dejase el gobierno; no hay que confundir a los socialistas con el Gobierno de la República compuesto entonces solamente por partidos republicanos. Jiménez de Asúa siempre mantuvo el criterio de que era preferible dimitir; en cuanto a de los Ríos, hemos visto las dos versiones de Asúa. ¿Cuál está más cerca de la verdad?

El día 8, cuando en Madrid no sabían qué responder, el Consejo de Ministros francés, reunido bajo la presidencia de un Albert Lebrun particularmente áspero (¿no llegó a reprochar a Blum que era la primera vez en la historia de la Tercera República que un Consejo de Gabinete trataba de problemas de política exterior sin la presencia del presidente de la República?), que llegó a preguntar a Pierre Cot si es que quería la guerra, no se hizo otra cosa que ratificar lo que virtualmente estaba convenido desde el día anterior; el llamado proyecto Delbos es aprobado; los servicios del Quai d'Orsay lo expedirán a las cancillerías y dos semanas después ya contaba con la adhesión de Gran Bretaña, Portugal, Italia, Unión Soviética y Alemania. La gran farsa iba a comenzar.

El embajador Alvaro de Albornoz, posesionado ya de su puesto, remitió a Yvon Delbos, el 10 de agosto, un mensaje en el que le aseguraba la colaboración leal y completa del gobierno español, si bien añadía que la suspensión del suministro de armas no era una "No intervención", sino más bien una «intervención muy efectiva que privaba a su gobierno de los medios de acción que normalmente hubiera podido procurarse en Francia». Y ya no se habló más; solamente el día anterior los servicios del Quai d'Orsay expedían una directiva circular; se decía literalmente: «queda prohibida hasta nueva orden la exportación de material de guerra destinado a España y a sus posesiones».

⁷ Según Blumel, Jules Moch, que levantaba acta de la sesión del Consejo (textos que hubieron de ser destruidos durante la ocupación alemana), tan sólo cuando él mismo comunicó a Blum que el último de los aviones para España había salido de Pau, se acordó al fin el principio de "No Intervención".

Ciertamente que la reunión del día siete se prolongó deliberadamente hasta que Jules Moch, secretario general del Gobierno, avisó a Blum de que el último de los 12 aviones de caza "Dewoitine", de los doce que debían salir completando así la remesa de 29 cazas (tripulados por pilotos españoles) había despegado ya del aeródromo de Pau, tras un retraso sufrido por un incidente mecánico⁸. Solamente después Blum prosiguió la reunión y de hecho se aceptó el texto Delbos-Léger.

Sin embargo cuando el día 8 de agosto llegó Leon Blum a la gran fiesta del parque de Saint-Cloud la multitud había mezclado sus aclamaciones con los gritos de «*Des canons, des avions pour l'Espagne!*»; el gobernante del Frente Popular no pudo evitar una sonrisa de tristeza.

Fuentes y bibliografía

Luis JIMENEZ DE ASUA: *Informe confidencial al Comité Nacional del PSOE en su sesión del 17 al 21 de julio de 1937 celebrada en Valencia*. Archivo de la Fundación Pablo Iglesias, Madrid, AH-111-4 y AH-24-2, folios 143 y ss.

Leon Blum, *chef du gouvernement (1936-1937)*. *Actes du colloque tenu en 1965*. Armand Colin Editions, Paris, 1967. En pp. 407 a 411, carta de Fernando de los Ríos a Giral (en francés) en 1936 y declaración oral de Jiménez de Asúa al *Coloquio* en 1965.

Fernando de los RÍOS: "Carta a José Giral", reproducida íntegramente en *Historia 16*.

J.E. DREIFORT: *Yvon Delbos at the Quai d'Orsay*. University Press of Kansas, 1973.

Georges LEFRANC: *Histoire du Front Populaire*. Paris, 1965. Citamos por la segunda edición, Ed. Payot, Paris, 1974, que contiene el testimonio de André Blumel (pp. 494-500), complementado en esta segunda edición por los recuerdos de Jules Moch.

Jean LACOUTURE: *Leon Blum*. Ed. du Seuil, Paris, 1979.

Enrique MORADIELLOS: *Neutralidad benévola*. Ed. Pentalfa, Oviedo, 1990.

Carlos SERRANO: *L'enjeu espagnol*. Messidor, Paris, 1987.

Jean B. DUROSELLE: *La décadence, 1932-1939*. Dalloz, Paris, 1981 (8ª ed.).

Angel VIÑAS: "Los condicionamientos internacionales", en Manuel TUÑÓN DE LARA y otros: *La Guerra Civil Española 50 años después*, particularmente pp. 125-136.

Angel VIÑAS: "Blum traicionó a la República", *Historia 16*, nº 24, Abril de 1978, pp. 32-54.

⁸ BLUMEL: Testimonio... *Histoire du Front Populaire*, Document annexe nº 17. Paris, 1974.